

SOBRE MÁQUINAS NUEVAS, MEJORES RELATOS Y RACIONALIDAD ECOSOCIAL

Carmen Madorrán y Jorge Riechmann

El *like* está ganando la batalla al *think*

Antoni Gutiérrez-Rubí

Cambiarlo todo para que nada siga igual

Uno de los elementos que contribuyen a explicar cómo es posible que la humanidad, disponiendo de la información científica suficiente, haya llegado al choque con los límites biofísicos del planeta es sin duda la dimensión que han adquirido (especialmente a lo largo del siglo XX) los sistemas socioeconómicos en que organizamos las sociedades humanas. Como sabemos, la humanidad -concretamente la de los últimos dos siglos, y especialmente la de los siete decenios últimos: el tiempo que solemos llamar la Gran Aceleración- ha situado al planeta en una situación de crisis ecológica global que se ha convertido en un auténtico atolladero para miles de especies, incluida la nuestra. Un factor clave para explicar lo sucedido en este ámbito es el proceso de supuesta independización de los sistemas socioeconómicos respecto de los sistemas naturales¹. El progreso técnico y el auge del proceso industrializador, así como los nuevos imaginarios filosóficos y sociales que caracterizaron la modernidad, contribuyeron a crear la ilusión de que los sistemas sociales y económicos podían imponerse sobre la biosfera o emanciparse de ella. Un aspecto de especial relevancia en ese sentido fue, a su vez, la hegemonía de la economía sobre el resto de las actividades humanas. Simplificando el proceso, podemos decir que asistimos así a una doble inversión, de forma que los sistemas humanos se consideran independientes respecto de los naturales y, a su vez, el ámbito económico se desconecta en gran medida de los sistemas políticos, sociales y morales.

Si asumimos que continuar con el *statu quo* es, ni más ni menos, una temeridad en términos ecológicos y sociales, será imprescindible tratar de pensar qué tenemos que cambiar. Y lo que parece es que, si queremos mantenernos en espacios de cierta estabilidad climática (que es lo que ha permitido, en gran medida, la complejidad que han alcanzado nuestras sociedades), tenemos que cambiarlo prácticamente todo. Sin duda, hay un problema con el sistema socioeconómico que por su fuerte dependencia del crecimiento económico es insostenible ecológicamente. Las premisas de la economía global convencional se establecieron cuando el mundo todavía no estaba lleno en términos ecológicos y no había comenzado el descenso acelerado de recursos por la acción humana (ni se habían desatado algunas crisis como el cambio climático de origen humano). Sin embargo, son muchas las voces que han planteado la urgencia de redefinir

¹ Sobre esto, algunas referencias fundamentales son: Naredo, José Manuel (2015). *La economía en evolución*, cuarta edición, corregida y actualizada, Siglo XXI, Madrid; Passet, René (2013). *Las grandes representaciones del mundo y la economía a lo largo de la historia*, Clave Intelectual y Eudeba, Madrid y Buenos Aires.

del papel y el lugar que corresponde a la economía en la sociedad. En ese sentido, resulta acertada la propuesta de René Passet de sustituir la imagen del medio ambiente como algo que acompaña a las sociedades humanas rodeándolas para entender la biosfera como aquello que las contiene (Passet, 2013, 705). En una línea similar, Óscar Carpintero ha llamado la atención sobre la necesidad de entender la economía como un *sistema* abierto:

[La economía] forma parte de sistemas sociales y naturales más amplios, que condicionan su comportamiento, y que se ven afectados también por su funcionamiento. [...] No resulta ya ni metodológica ni teóricamente razonable que la ciencia económica dé la espalda a las enseñanzas del resto de ciencias sociales y naturales. Como tampoco parece defendible que en el estudio de los procesos de producción y consumo no se incorporen con rigor los aspectos socio-ambientales, y los resultados de las disciplinas que los estudian. Al razonar en términos de sistema abierto se adopta necesariamente un enfoque *transdisciplinar*, pues los problemas, las dificultades y los desafíos teóricos y políticos afloran a menudo en la *frontera* de las disciplinas establecidas (Carpintero, 2010, 155).

Como vemos, frente a la hipótesis economicista que da preeminencia a la economía como si se tratase de un elemento independiente del todo social, destaca la aportación de la economía ecológica, que propone entender la economía y sus componentes como elementos anclados en la estructura social y natural. Numerosos autores de otras tantas disciplinas se han pronunciado en un sentido similar, urgiendo a una mejor comprensión de la (inevitable) interrelación de las sociedades humanas y sus estructuras con la biosfera. André Gorz, por recurrir a un ejemplo notable, planteó en la década de los noventa –y en términos muy similares a los que nosotros emplearemos– las líneas generales que podría suponer el paso de una racionalidad económica a otra ecosocial:

La reestructuración ecológica de la sociedad exige que la racionalidad económica se subordine a una racionalidad ecosocial. Dicha subordinación es incompatible con el paradigma capitalista de la maximización de la rentabilidad y del beneficio. [...] Si la reestructuración ecológica de la economía debe ser consecuencia, no de un dirigismo tecnocrático y autoritario, sino de la reconstitución de un mundo vivido, el decrecimiento en la producción de bienes y servicios deberá llevarse a cabo a través de una autolimitación de las necesidades que se conciba como una reconquista de la autonomía. Es decir, a través de una reorientación democrática del desarrollo económico, con una reducción simultánea del tiempo de trabajo y una ampliación –favorecida por infraestructuras colectivas o comunitarias– de las posibilidades de producción autónoma bajo formas cooperativas o asociativas (Gorz, 1991, 38-39).

Un elemento central que Gorz introduce en este fragmento no puede pasar desapercibido: la comprensión de la democracia y la participación como factores indispensables en la búsqueda de la sostenibilidad ecológica. En el empeño por reducir el comportamiento depredador de la naturaleza y sus recursos por parte de los sistemas sociales y económicos humanos, estamos convencidos de que la democracia debe ser indiscutible. Aunque no es el tema central de este texto y no podemos extendernos en este punto, conviene no desdeñar los posibles horizontes indeseables que en el terreno de la política abre la crisis socioecológica. Sin duda, la gestión de la escasez y el descontento puede abrir la veda a medidas urgentes y gobiernos de emergencia que salten por encima de sus funciones y atribuciones (avanzando a pasos agigantados hacia el autoritarismo).

Retomando lo que decíamos antes: estamos en un atolladero porque hemos engordado nuestros sistemas sociales y económicos como si estuviesen en un mundo infinito con recursos ilimitados. Como no es el caso, como no podemos permitirnos una “economía de Tierra plana” y las señales de que hemos entrado en barrena son ya ampliamente visibles, hay que buscar formas de modificar nuestra presencia en el planeta. Para el cambio de rumbo que necesitamos será imprescindible poner en marcha de manera urgente transformaciones sociales, económicas y culturales. Una vez esbozada la situación en que nos encontramos y planteada la urgencia de esos cambios de gran calado, queremos dedicar las siguientes páginas a plantear dos cuestiones conectadas. La primera de ellas tiene que ver con la lucha por los relatos y la necesidad de tener mejores narraciones que nos ayuden a comprender, a imaginar, a interiorizar el tipo de giros que necesitamos. El segundo asunto, en el que nos detendremos más, tiene que ver con la racionalidad, sus límites, trampas, cartones y, pese a todo, su importancia y la necesidad de la racionalidad ecosocial como yelmo para avanzar por el *Siglo de la Gran Prueba* (Riechmann, 2013).

Mejores relatos, pero no solo relatos

Muchas veces, cuando hablamos con amigos o compañeros de trabajo del tipo de cambios necesarios para evitar las peores consecuencias del choque de nuestras sociedades contra los límites biofísicos del planeta, oímos que lo que necesitamos son nuevos relatos. Es cierto que somos en buena medida *Homo narrans*, auténticos adictos a las historias. Narramos para entender y para entendernos. Interpretamos la realidad mediante relatos y hasta nos construimos a nosotros mismos con historias (más o menos ficticias). Todo apunta a que si cuentas una historia con la que mucha gente se identifique, tendrás éxito. Si no, serás perfectamente irrelevante (la muerte es hoy una cuenta de Twitter sin seguidores). Ese canal inmediato que conecta emocionalmente con la gente es el que todo el mundo se esfuerza por explotar. También los aspirantes a gobernantes parecen haber renunciado a plantear una discusión seria y persuasiva – empresa lenta y poco provechosa – para entregarse a la mucho más manejable guerra por el relato (para esto se requiere menos inteligencia que para lo de razonar, así nos luce el pelo).

Y así llegamos a la sugerencia, muchas veces implícita y otras explícita, de olvidarnos de la reflexión racional y entregarnos a la emoción y al relato. Este es el omnipresente mandato en estos tiempos de asesores políticos expertos en mercadotecnia y *spin doctors* que no se cansan de repetir que la comunicación eficaz es lo importante, que lo que cuenta, más que el hecho de que algo sea verdad, es que parezca verdad; y más que tener razón en algo, que parezca que la tienes (contar el relato ganador parece ser la forma de ganar, aun cuando se haya perdido). En esa línea de *coaches* del éxito político en la sociedad del espectáculo, podemos situar a Antoni Gutiérrez-Rubí y su libro *Gestionar las emociones políticas* (Gutiérrez-Rubí, 2019). Allí cita a Niall Ferguson, el conocido historiador británico, quien sostiene que ya no vivimos en democracias sino en *emocracias*, sistemas caracterizados porque las emociones mandan por encima de las mayorías y los sentimientos valen más que las razones².

² Niall Ferguson es un historiador y profesor británico especializado en historia económica y financiera. Ha publicado en castellano Ferguson, Niall (2009). *El triunfo del dinero: cómo las finanzas mueven el mundo*, Debate, Barcelona.

Nos hemos hecho muy conscientes, en estos decenios últimos, de lo irracional que es *Homo sapiens* (de sapiencia, muy poca). A ello han contribuido decisivamente las investigaciones de psicólogas sociales, científicos cognitivos, neurólogas, economistas del comportamiento, entre otros. Por ejemplo, Alex Pentland, del MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts), sugiere que existen dos mentes entendidas como dos formas básicas de funcionamiento del cerebro humano. La primera sería la *mente habitual* caracterizada por un funcionamiento cerebral rápido, automático y por asociación. Ahí impera la costumbre y esa suerte de piloto automático al que nos referimos a veces. En segundo lugar, tendríamos la *mente atenta* definida por un funcionamiento cerebral lento, controlado y basado en reglas. En ella predomina la intención, el control consciente y la deliberación. Según Pentland, el aprendizaje se realiza a través de la mimesis, la presión social y los ejemplos: la reflexión racional cuenta muy poco³. Análogamente, Daniel Kahneman en *Pensar rápido, pensar despacio*, se refiere al *sistema 1* como el encargado del pensamiento automático, rápido, intuitivo, impulsado por reacciones inconscientes y por la heurística; y habla del *sistema 2* como el responsable del pensar consciente, lento y racional (Kahneman, 2015).

La actividad de tomar decisiones reflexiva y deliberativamente, sopesando con cuidado todos los factores pertinentes y solo ellos, es comparativamente rara. Hay que insistir: ¡no somos animales demasiado racionales! Algunos estudiosos del tema estiman que entre siete y ocho de cada diez decisiones se toman de forma inconsciente, o en un estado de baja consciencia (*mente habitual*, no *mente atenta*). Probablemente, puede que sea incluso menos: según algunos neurólogos, el cerebro humano --cuya actividad, como se sabe, consume una quinta parte de nuestra energía metabólica-- gasta sólo el 2% de su energía en actividad consciente y dedica el resto al procesamiento inconsciente. Jonathan Haidt, en *La mente de los justos*⁴, propone una metáfora en la que la mente está dividida en un jinete que guía a un elefante, y el trabajo del jinete es servir al elefante: “El jinete es nuestro razonamiento consciente [...]. El elefante es ese otro 99% de los procesos mentales, esos que ocurren fuera de nuestra consciencia pero que de hecho controlan la mayor parte de nuestro comportamiento” (Haidt, 2019, 18).

A partir de ahí no es de extrañar que bastante gente proponga que nos olvidemos de esa enclenque y lamentable racionalidad humana y le hablemos al elefante (no a su inepto jinete). Es como si, ante la extensión y profundidad de la irracionalidad sustantiva en la que vivimos (con más que sea compatible con elevados niveles de racionalidad instrumental y formal en ciertos ámbitos), la reacción estuviera siendo: ¡al carajo la racionalidad, vivan las emociones fuertes y los relatos embriagadores! O, si se prefiere: si esto es lo que mueve a las masas, seamos nosotros los guionistas de esos relatos conmovedores. Hay algo que querríamos problematizar ahí. Además de nuevos y buenos relatos, ¿no necesitamos también reflexión, trabajo de análisis, búsqueda de la verdad, algún tipo de racionalidad, tiempo de contemplación, adelgazamiento del sujeto? Todo eso supone una interrupción, una ruptura del tiempo

³ Alex Pentland es informático, profesor e investigador en el MIT.

⁴ El título *The Righteous Mind* ha sido no muy bien traducido por *La mente de los justos*. Haidt eligió ese título “para transmitir el sentido de que la naturaleza humana no sólo es intrínsecamente moral, es también intrínsecamente moralista, crítica y sentenciosa. [...] La obsesión con la rectitud (que conduce inevitablemente a la arrogancia) es la norma en la condición humana” (p. 16-17). Una traducción más ajustada sería *la mente de los moralistas justicieros*.

de la narración y un ingreso en otro espacio. Es claro que necesitamos corregir nuestros excesos racionalistas⁵, pero eso no significa que abdicemos de la razón. Que la razón pueda muy poco no quiere decir que la razón no tenga razón: lo decisivo, las más de las veces, no ocurre entre el cero y el infinito sino entre poco y nada. Claro que necesitamos buenos y nuevos relatos, pero no vemos por qué habríamos por ello de renunciar a la pausa, a la reflexión con argumentos y datos, al análisis menos colorido de la situación (más parecido a un documental que a una serie).

Palos en las ruedas: injusticia epistémica y sesgos cognitivos

Decía el profesor Fernando Broncano en una conferencia impartida en 2019 en el IX Congreso de la Sociedad Académica de Filosofía que vivimos un momento de degradación epistémica de la democracia. Se preguntaba qué responsabilidad tenemos en esto quienes nos dedicamos a la filosofía práctica (moral y política), y respondía que alguna. Para empezar porque el conocimiento de la realidad hace tiempo que dejó de considerarse un bien, algo que hubiéramos de perseguir, cediendo terreno al reinado indiscutible de las interpretaciones: “Hemos empezado por ser indiferentes respecto a nuestras posibilidades de saber lo que ocurre”, dijo Broncano. Desgraciadamente, creemos que no va en absoluto desencaminado al señalar esa tendencia. El problema es tremendo si pensamos que, como no podía ser de otra manera, esto también forma parte de nuestro acercamiento a los problemas ecológicos y hace más comprensible el constante cuestionamiento al que se ve sometida la evidencia respaldada científicamente que alerta del estado de emergencia ecológica en que nos encontramos.

Broncano trajo a colación a la filósofa Miranda Fricker, quien ha estudiado dos formas de injusticia que se dan en las prácticas epistémicas cotidianas como son la transmisión de conocimiento a otros mediante el testimonio, o la de dar sentido a nuestras experiencias sociales. A cada una de ellas corresponde un tipo de injusticia epistémica que ha llamado *injusticia testimonial* para el primer caso e *injusticia hermenéutica* para el segundo. De las mencionadas, para Fricker la forma principal de injusticia epistémica es la testimonial: “la idea fundamental es que una hablante sufre una injusticia testimonial simplemente si los prejuicios del oyente llevan a este a otorgar a la hablante menos credibilidad de la que le habría concedido en otras circunstancias” (Fricker, 2017, 22). La injusticia testimonial, por tanto, sucede cuando los prejuicios del oyente le llevan a reducir la credibilidad de lo que dice un hablante (Fricker pone el ejemplo de un policía que no cree lo que alguien dice porque ese alguien es negro). La injusticia hermenéutica ocurre “cuando una brecha en los recursos de interpretación colectivos sitúa a alguien en una desventaja injusta en lo relativo a la comprensión de sus experiencias sociales” (Fricker, 2017, 17-18), como el caso que ella menciona de una víctima de acoso sexual en un contexto cultural en que no hay un concepto para referirse a eso. Así, mientras que en el primer caso la causa de la injusticia tiene que ver con un prejuicio que afecta a la credibilidad, en el segundo se trata de prejuicios estructurales, señala “un vacío en las herramientas de interpretación social que compartimos” (Fricker, 2017, 25).

Lo que nos interesa del planteamiento de Broncano y Fricker tiene que ver con el hecho de que, por paradójico que pueda sonar, vivimos en sociedades tan productoras de

⁵ En realidad eso estaba claro hace un siglo (¿cómo si no entender la idea de *razón vital* de Ortega?) e incluso hace más de dos (cuando los románticos, en Alemania sobre todo, reaccionaron frente a ciertos excesos de la Ilustración europea), pero las tareas pendientes en filosofía y en pedagogía social a veces se extienden durante tiempos muy largos...

ignorancia como de conocimiento (en más de una ocasión, estos años últimos, hemos recordado el concepto de *agnotología*). Hemos de ser conscientes de que hay palos en las ruedas de nuestra capacidad para razonar y, aunque no podemos aspirar a una racionalidad completamente libre de ellos, sí podemos intentar ser conscientes de los mayores obstáculos y poner un buen esfuerzo en retirarlos. Como ha estudiado recientemente Juan José Álvarez Galán en su tesis doctoral *Un desinterés salvajemente interesado. Los condicionamientos del comportamiento moral a la luz de los avances en ciencias naturales y humanas*, la actividad psíquica humana resulta de un conjunto de procesos, entre los cuales, algunos “permiten la toma de decisiones rápidas sin necesidad de esperar a la lenta actuación consciente” (Álvarez Galán, 2019, 152). Lo que sucede en muchas ocasiones, de acuerdo con los estudios neurocientíficos a los que remite (Gazzaniga, 2012), es que hay una parte no desdeñable de nuestras decisiones que se realizan sin procesamiento consciente, y que no es sino a posteriori cuando tratamos empedernidamente de racionalizarlas (de dar razones para explicar nuestro comportamiento).

Entre esos problemas inherentes a nuestra forma de conocer pero que hacen que nuestro conocimiento sea deficiente o que incluso deforman la realidad, los sesgos cognitivos ocupan un lugar central. Gran parte de ellos están destinados a evitar la disonancia cognitiva, que es el desajuste que se produce cuando algo (información nueva, por ejemplo) choca con nuestros principios, creencias o valores. Como un acorde que suena mal, o una nota desafinada que rápidamente identificamos. Entre los sesgos cognitivos cabe destacar el llamado *sesgo efecto de halo*, que tiene que ver con la evaluación de rasgos específicos en una situación concreta. Lo que sucede muchas veces es que, al examinar los factores relevantes bajo efecto de un prejuicio, ya sea positivo o negativo, se desatienden algunos rasgos que cuestionan nuestra actitud o no casan bien con ella: el *sesgo de confirmación* nos plantea problemas constantemente. Otro de los más relevantes es el *sesgo del falso consenso*: en este caso, se magnifica la coincidencia del resto de personas con nuestra forma de razonar (es decir, hace extensivos nuestros juicios, los imagina ampliamente compartidos, casi universales) (Aronson, 2000, 141). Este sesgo recuerda a aquella sensacional escena de *Amanece, que no es poco* en la que el Cabo Gutiérrez -brillantemente interpretado por José Sazatornil- le espetaba al escritor-plagiador: “Después, se compró un sombrero espantoso y anduvo con él todo el invierno. Un sombrero que no nos gustaba a nadie. Lo tengo yo hablado con todo el pueblo. ¡Pregunte, pregunte por ahí si quiere! ¡A nadie nos gustaba aquel sombrero!” (Cuerda, 1989). Pues algo así parecemos pensar de muchos de nuestros juicios y creencias, tan afincados andamos en esa seguridad como si fuésemos diciendo que esto o aquello otro lo tengo yo hablado con todo el mundo. Álvarez Galán, refiriéndose a los dos sesgos mencionados, escribe:

Ambos tienen una proyección clara en la reducción de la disonancia cognitiva: al reforzar nuestro juicio omitiendo datos que lo ponen en duda y ampliando el acuerdo con los demás, nos refuerza y nos permite sentirnos psicológicamente fuera de conflicto en el terreno cognitivo. [...] [Reducir] la disonancia cognitiva tiene un efecto de eliminación de elementos problemáticos, por su capacidad para hacer encajar nuestras expectativas con la percepción de lo real, de modo que es una pieza clave en el mantenimiento del conjunto de creencias (Álvarez Galán, 2019, 163).

Estos sesgos cognitivos, formas de autoengaño, tienen como peligrosa consecuencia la puesta en marcha de dinámicas de deformación de la realidad. Aunque no vayamos a

detenernos en cada uno de ellos, sí nos parece oportuno traer a colación otros cuatro sesgos (Álvarez Galán, 2019, 164):

- ~ *Sesgo de atribución fundamental*: consiste en la atribución de un vínculo inexistente entre una conducta y la personalidad de quien la lleva a cabo al margen de las circunstancias.
- ~ *Sesgo del actor-observador*: este extendido sesgo atribuye mayor peso a características que considera estables de la personalidad del sujeto de una acción cuando actúa como observador, y, sin embargo, cuando es él el sujeto de la acción, considera determinantes las circunstancias que rodean la actuación en cuestión. (Ya lo dice el refrán: *no es lo mismo llamar que salir a abrir*).
- ~ *Sesgo del pensamiento egocéntrico*: como su nombre indica, consiste en la magnificación de la importancia de uno mismo en el desarrollo de determinada situación.
- ~ *Sesgo del propio interés*: consiste en desviar los procesos racionales - produciendo deformaciones en el pensamiento- para que lleven a conclusiones que encajan con los intereses del sujeto.

Además de los mencionados, hay otra tendencia muy presente en nosotros (y ampliada desde varios altavoces del mundo en que vivimos) y es la fantasía de control. Este es un elemento central de la cosmovisión ampliamente extendida: el sueño de la omnipotencia, como si Mary Shelley nunca hubiera escrito *Frankenstein o el moderno Prometeo*. No solo no controlamos nuestras propias creaciones ni las consecuencias y ramificaciones que puedan traer (esto es claro para muchos de los avances tecnológicos) sino que en absoluto controlamos los ciclos naturales en los que estamos inmersos. Gracias a la ciencia y la investigación conocemos cada vez mejor cómo funcionan algunos de ellos, y eso es prodigioso y digno de celebración. Además, sabemos que la actividad humana de las sociedades industriales ha puesto al planeta en una situación de crisis tremenda. Pero de ninguna de las dos afirmaciones anteriores, es decir, del hecho de que conozcamos cómo funcionan los sistemas complejos adaptativos que componen la naturaleza; y del hecho de que tengamos capacidad para dañar enormemente sus equilibrios, acabar con sus recursos y llenar sus sumideros, se sigue en absoluto que esté en nuestra mano solucionarlo.

Hay quien piensa que, si los humanos hemos generado un problema, la buena noticia es que también podremos solucionarlo. Eso podría ser así en otros momentos de la historia, cuando nuestra capacidad para impactar sobre el entorno y el alcance que nuestra acción eran mucho más reducidos. Ahora, y este es un cambio fundamental del que todavía no nos hemos hecho cargo, hay cambios irreversibles y procesos que hemos iniciado a los que no podemos dar la vuelta pulsando un botón.

En defensa de una racionalidad ecosocial

Si estamos de acuerdo en que no podemos renunciar a esa pizca de racionalidad pese a las trabas que se encuentra, o aunque la usemos poco, será imprescindible que tratemos de ver, siquiera mínimamente, algo más sobre la forma en que la entendemos y, más concretamente, en qué puede consistir esa racionalidad ecosocial que proponemos. Hemos hablado en el libro *Ecosocialismo descalzo* de la importancia de buscar un candil, de no renunciar a ese combate contra la credulidad como actitud (Garcés, 2017, 36). No se trata de perseguir una razón perfecta y no contaminada, pero sí de generar uno de esos

momentos de ilustración caracterizados por la actitud crítica y autocrítica, además de la aspiración compartida a progresar en unos valores de alcance universal. Este ejercicio, que la filósofa Marina Garcés ha propuesto con el término de *ilustración radical*, consiste básicamente en someter cualquier saber y creencia a examen.

Hace ya una docena de años, en *La habitación de Pascal*, escribió uno de nosotros sobre este asunto y creemos que no está de más volver sobre ello para lo que aquí nos interesa (Riechmann, 2009). Por racionalidad entendemos, en sentido amplio, las múltiples formas de acción, deliberación y argumentación posibles que se dan a partir de distintos conjuntos de intereses y valores. Esto supone afirmar que partimos de una concepción plural de la racionalidad, de manera que más que hablar de racionalidad en singular conviene hablar de racionalidades, pues partiendo de intereses y valores distintos se originarán también diversas racionalidades (hay una racionalidad ecosocial, una racionalidad economicista, una racionalidad tecnocientífica, una racionalidad militar...).

A esto habría que añadir que, de acuerdo con Javier Echeverría, sostenemos una idea de racionalidad no relativista, de manera que de entre la pluralidad de racionalidades y atendiendo a los contextos, consideramos que unas formas de racionalidad son mejores que otras (Echeverría, 2007, 128). En concreto, en este *Siglo de la Gran Prueba*, defendemos que la racionalidad ecosocial tiene más sentido que otras (en breve volvemos sobre este asunto). Finalmente, siguiendo la tradición inaugurada por Herbert Simon (Simon, 1982), entendemos que la racionalidad siempre es racionalidad acotada y no maximizadora. Si la racionalidad parte de una serie de valores, que guían las acciones, una racionalidad acotada tratará de satisfacer esos valores reconociendo que hay cotas mínimas y máximas de satisfacción de cada valor, no tratando de maximizarlos sin límite (Echeverría, 2007, 462). Esa lógica de la maximización, quizá no haga falta decirlo, se da de bruces contra los límites biofísicos del planeta.

De modo que, incluso antes de abordar la caracterización de la racionalidad ecosocial, tenemos ya tres rasgos -que suponen tres cambios de perspectiva- que van delineando nuestra comprensión de la racionalidad y que podríamos sintetizar de la siguiente manera:

1. Concepción plural de la racionalidad (racionalidades y no racionalidad unívoca).
2. Concepción no relativista de la racionalidad (hay racionalidades más apropiadas que otras en distintos momentos y contextos).
3. Concepción acotada de la racionalidad (racionalidad limitada, no maximizadora).

Además de las tres características anteriores, una racionalidad ecosocial sería también una racionalidad realista, anclada y atenta a las características biofísicas del planeta. En ese sentido, y al estar compuesto nuestro entorno natural de un conjunto de sistemas complejos adaptativos, será imprescindible que una racionalidad ecosocial atienda a las múltiples interconexiones que pueden darse, a los difíciles estados de equilibrio, la no linealidad de los procesos, la autoorganización y la limitada predictibilidad. Sabiendo todo eso, una racionalidad ecosocial debería trabajar con bucles de retroalimentación negativa que estabilizan los sistemas y con márgenes amplios que tengan la holgura suficiente para hacerse cargo de las posibles fluctuaciones. En definitiva, sería una racionalidad biomimética, o que contaría entre sus recursos con el principio de biomimesis (Riechmann, 2009, 51-53).

La racionalidad ecosocial en la que estamos pensando sería también una racionalidad inclusiva y no excluyente, como ha sugerido el filósofo Odo Marquard (Marquard, 2006,

45-46). Así, lejos de anular las parcelas de la realidad que no encajan en sus esquemas, sería una racionalidad abierta y dispuesta a acoger. Esa racionalidad ecosocial capaz de hacerse cargo del tipo de mundo lleno en el que vivimos sería también una racionalidad modesta, conocedora de sus límites, frente a la soberbia que presentan racionalidades como la economicista o la tecnocientífica, muchas veces extralimitada por su ilusión de control sobre procesos que la desbordan. Como decíamos antes: está claro que, desgraciadamente, somos capaces de alterar algunos procesos fundamentales de la biosfera. Pero de ahí no se sigue que seamos capaces de controlarlos, y lo contrario peca del sesgo de pensamiento egocéntrico, como poco.

Finalmente, se trataría de una racionalidad no anclada en fundamentos absolutos. Podría parecer que esto es contradictorio con la afirmación de la racionalidad no relativista, veamos por qué no lo es. No consideramos que los valores que empujan a la racionalidad ecosocial son superiores en términos absolutos, pero eso tampoco nos lleva a afirmar que los valores que mueven a las distintas racionalidades son equiparables (y que, por tanto, no hay unas mejores que otras). La cuestión es que, atendiendo al contexto, podemos jerarquizar y consideramos que los valores ecológicos son preferibles, especialmente ante la gravedad de la situación en que nos encontramos.

Móviles de hierro: una conclusión abierta

De la enorme herencia artística que nos dejó César Manrique las estructuras móviles de hierro son de lo más llamativo. Esos juguetes de viento distribuidos por Lanzarote se mueven y cambian de postura pareciendo livianos, casi ingravidos. Pero son de hierro y bastaría tocarlos o tratar de moverlos para comprobarlo. La imagen paradójica de los móviles de hierro de Manrique puede servir para ilustrar la doble apuesta que aquí hacemos. Por un lado, es innegable la fuerza y la capacidad de arrastre que tienen los relatos y las buenas historias, algo que deberíamos cultivar desde la sensibilidad ecosocial. Por otro lado, no nos resignamos a renunciar a la batalla por la realidad que algunos celebran como quien se quita un peso de encima. Y esa realidad, que remite a un estudio pausado e interdisciplinar de la situación social y ecológica global, está hecha unos zorros. Es más que comprensible querer mirar hacia otro lado, y todavía más hacia otro lado que además sea hermoso y esperanzador. Pero si hay una parte de racionalidad en nosotros, por diminuta que sea, deberíamos atender su voz de martinete⁶ porque nos lo estamos jugando todo. Nuestros años por delante y los de quienes vendrán, además del resto de especies a quienes ya damos por descontado en nuestra carrera al precipicio.

Como ha dicho en más de una ocasión Jared Diamond, quien ha estudiado los colapsos de diversas civilizaciones (Diamond, 2007), lo primero que tenemos que hacer para evitar las peores consecuencias de nuestro propio colapso es dejar de pensar que hay una sola cosa que nos sacará del entuerto. De entre las muchas e impostergables tareas a emprender hemos querido señalar en estas páginas la relevancia de dos de ellas: la búsqueda de narraciones que nos reconcilien con nuestra propia interdependencia y ecodependencia; y, muy especialmente, la reivindicación de una racionalidad ecosocial que no renuncie a la discusión pausada y razonada sobre la realidad y que sea capaz de tomarse en serio la grave crisis socioecológica global que afrontamos.

⁶ El martinete es un palo del flamenco, de la familia de la toná (de manera que se canta sin guitarra). Por su origen en las fraguas, muchas veces la voz se acompaña del sonido metálico de un martinete sobre metal.

Referencias

- ÁLVAREZ GALÁN, Juan José (2019). Tesis doctoral: *Un desinterés salvajemente interesado. Los condicionamientos del comportamiento moral a la luz de los avances en ciencias naturales y humanas*, Universidad Autónoma de Madrid, 2019. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10486/686778>
- ARONSON, Elliot (2000). *El animal social: introducción a la psicología social*, Madrid, Alianza.
- CARPINTERO, Óscar (2010). “Entre la mitología rota y la reconstrucción: una propuesta económico-ecológica”, en *Revista de Economía Crítica*, nº 9.
- CUERDA, José Luis (1989). *Amanece, que no es poco*.
- DIAMOND, Jared (2007). *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debolsillo Editorial, Barcelona.
- ECHEVERRÍA, Javier (2007). *Ciencia del bien y del mal*, Herder, Barcelona.
- FERGUSON, Niall (2009). *El triunfo del dinero: cómo las finanzas mueven el mundo*, Debate, Barcelona.
- FRICKER, Miranda (2017). *Injusticia epistémica*, Herder, Barcelona.
- GARCÉS, Marina (2017). *Nueva ilustración radical*, Anagrama, Barcelona.
- GAZZANIGA, Michael S. (2012). *¿Quién manda aquí?: El libre albedrío y la ciencia del cerebro*, Paidós, Barcelona y DAMASIO, Antonio (2001), *El error de descartes*, Crítica, Barcelona.
- GORZ, André (1991). *Capitalisme, Socialisme, Écologie*, Éditions Galilée, París.
- GUTIÉRREZ-RUBÍ, Antoni (2019). *Gestionar las emociones políticas*, Gedisa, Barcelona.
- HAIDT, Jonathan (2019). *The Righteous Mind, La mente de los justos* Eds. Deusto, Bilbao.
- KAHNEMAN, Daniel (2015). *Pensar rápido, pensar despacio*, Debate, Barcelona.
- MARQUARD, Odo (2006). *Felicidad en la infelicidad*, Katz, Madrid.
- NAREDO, José Manuel (2015). *La economía en evolución*, cuarta edición, corregida y actualizada, Siglo XXI, Madrid
- PASSET, René (2013). *Las grandes representaciones del mundo y la economía a lo largo de la historia*, Clave Intelectual y Eudeba, Madrid y Buenos Aires.
- RIECHMANN, Jorge (2013). *El Siglo de la Gran Prueba*, Baile del Sol, Tenerife.
- RIECHMANN, Jorge (2009). *La habitación de Pascal*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- SIMON, Herbert A. (1982). *Models of Bounded Rationality*, MIT Press, Cambridge.